

## Era nuestra primera vez...

Salvaje, virgen, amable, extrema, natural, impresionante, bella...Son sólo unos pocos adjetivos que ni de cerca podrían describir lo que allí se esconde... es magia, es armonía, es uno de esos lugares donde te quieres parar y sentir todo lo que sucede a tu alrededor con cada paso que vas dando, para cuando toque recordarlo, sentir de nuevo como el corazón late suavemente haciendo que el tiempo no sea tiempo, Madagascar es simplemente única.

Fuimos cuando teníamos que ir, me dijo ella en el avión que nos sacaba de la isla, yo sabía que esta vez todo iba a ser distinto desde que por la ventana del avión pude ver el extraño color amarillo que tenía la tierra castigada por el sol y que se mezclaba con un mar azul tan oscuro y brillante como no habíamos visto antes.



Era nuestra primera vez, “**África**”, y no sabíamos si estábamos preparados. Llevábamos meses escuchando consejos y palabras desalentadoras para que nos lo pensáramos al menos un par de veces más, pero ya era tarde para nosotros dos, ya habíamos hecho todas las cábales y en todas ganaba Madagascar. Sonaba lejano, sonaba salvaje y para mí en particular, sonaba a mares y a olas nuevas que “conquistar”.

Las maletas de casi veinte kilos cada una y mi equipaje extra no pesaban cuando teníamos que caminar y caminar para encontrar alguna estación de Taxi-Brousse y así poder atravesar el país de Norte a sur, o de Este a Oeste por la única carretera que se atrevía a adentrarse en la “Gran Isla” y que en la mayoría de tramos, salvo los que estaban por los alrededores de Antananarivo Capital, no conocían el asfalto, aunque siempre había un grupo de niños de

algún poblado cercano, que alegremente y tratándose de un juego para ellos, se encargaban de tapar con piedras los agujeros que la época de lluvias había dejado en la ya maltrecha carretera de arena.

Madagascar, como decirlo, es un lugar donde el no tener nada no te hace más infeliz, donde el tiempo no conoce la prisa, donde salir a pescar día tras día y volver suavemente a la orilla mecido por el viento que aparece puntual cada día se convierte en todo un acto social, en el que los vecinos se acercan para echar una mano a recoger el barco y a sacar el pescado y las langostas que el mar generosamente les ha prestado, pero eso era algo que aún teníamos que descubrir por nosotros mismos.

Moverse de un lugar a otro es tan tedioso y duro, que nos quedábamos en los sitios mucho más tiempo del planeado, no sólo por el tiempo que tardabas de ir de un punto a otro, sino que como nos advirtió nuestro primer amigo Malgache, los conductores de los Taxi-Brousse tienen la molesta afición de poner videoclips de música a todo volumen y la mala costumbre de llenar la pequeña furgoneta con casi el doble de personas de las que físicamente se podían meter ahí dentro, haciendo que las dos primeras horas fueran divertidas, pero cuando ya eran las tres de la mañana y estábamos en mitad de la gran sabana con nuestro pequeño vehículo retumbando en nuestros oídos como si viniéramos directamente de Ibiza y fuéramos rumbo algún “after”... Ya no era tan divertido.



Los dueños de estos Taxis-Brousse tenían un poder desconocido para nosotros hasta nuestro primer gran recorrido, desde Ankifi hasta Morondava, atravesando el corazón de Madagascar durante casi dieciocho horas. Estos “Elegidos” decidían en cada momento cuando parar, a quien recoger y lo que nos llevo aun más sorpresa, cuanto iban a tardar en llegar a su destino, que era una ecuación de la que dependía la cantidad de amigos que se encuentran por el camino, del ritmo o estridencia del CD y de si estaba o no casado, por lo de impresionar a las chicas de los poblados que nos cogían de paso. A partir de ese momento sabíamos que teníamos que armarnos de mucha paciencia para viajar alrededor de Madagascar.

Íbamos improvisando los lugares que queríamos visitar, porque en eso consiste una gran parte del significado de la palabra “Libertad”. Elegíamos pueblos o villas de la costa, ya que por lo general, las gentes de estos lugares suelen ser más abiertas y receptivas con los recién llegados y porque llevaba conmigo unos siete kilos extra que incluía una tabla de surf, unas aletas y una licra, que esperaban nerviosamente a descubrir nuevos mares. No sabemos muy bien como, pero a la segunda noche de estar en Morondava, ya estábamos comiendo en casa de nuestro segundo amigo Malgache Sonny junto con sus cuatro hijos y su atenta esposa, que nos preparó una deliciosa cena de arroz con vegetales, cocinados sobre la leña dispuesta en el suelo y unos calderos que venían de vivir tiempos mejores.

Poco a poco fuimos dándonos cuenta que esas personas eran distintas, que te sonreían con el alma, que nada o poco tenía que ver de dónde eras o a donde ibas, bueno eso sí, porque era la pregunta más generalizada entre los pocos Malgaches que hablaban Inglés,

- ¡Hola!, cómo te llamas?
- ¿Están casados y tienen hijos?
- ¿Dónde van después?

Parecía que quisieran viajar a través de nosotros y ver el mundo con nuestros ojos, muchos Malgaches no saldrán de su Isla durante toda su vida, “viajar es un lujo que solo nosotros podemos permitirnos” nos comento Sonny en alguna ocasión. La mayoría de ellos, basaban sus vidas en sus tierras, su familia y en cómo sobrevivir cada día. Nosotros, fieles a nuestra misión, tratábamos de ser lo más descriptivos posibles a la hora de explicarles nuestras aventuras por países tan exóticos para ellos como India, Filipinas o incluso la propia España y así pudieran fantasear un poco con como lo vivimos nosotros, pero por lo normal, a la segunda o tercera THB (cerveza típica de Madagascar) ya la historia se hacían heroicas.

Aquella era una tierra realmente mágica, los árboles tenían sus raíces en el cielo azul y sus hojas bajo tierra, alcanzado alturas y formas épicas, conformando un paisaje de cuento, mientras los niños jugaban con neumáticos viejos y las mujeres charlaban entre ellas con enormes cestos de fruta sobre sus cabezas. En la Avenida de los Baobabs, se juntaban muchos de estos maravillosos árboles con un pequeño lago en uno de sus márgenes y donde de nuevo, el tiempo se había parado hace ya muchos años o incluso nunca llegó a existir para los habitantes de aquella zona.



Cuando uno piensa en Madagascar, le vienen a la cabeza casi de manera automática los Lémures y toda esa fauna y flora extraña que vive en la isla, de la que la evolución parece haberse olvidado. Nuestro amigo Sonny nos consiguió un Jeep y un guía, con los que atravesamos dos ríos montados en “Troncos flotantes”, porque a eso no se le podía llamar bote, para llegar al hogar de estos preciosos seres que viven y juegan en las copas de los árboles sin preocuparles lo que suceda a pie de tierra desde donde los observan. Luego cuando la luz del sol va desapareciendo, era el turno de buscar a otros seres aun más escurridizos, cogíamos nuestra linterna y nos metíamos entre la densa maleza para ir alumbrando hoja por hoja hasta dar con alguno, se

trataba de los Camaleones. Alguno de ellos, no más grandes que la yema de un dedo y siempre con tantos colores que no sabríamos definir de que colores realmente eran.



Música a todo volumen, calor, apretados los unos con los otros, gallinas y patos en el techo...De nuevo nos encontrábamos en otro Taxi-Brousse, pero esta vez íbamos varios furgonetas juntas y escoltadas, porque la carretera con destino a Toliara, no era del todo segura por la noche por los posibles asaltos y atracos que sufrían algunos de estos vehículos en ese recorrido. Los numerosos militares acostumbrados a los sobornos, nos dieron la bienvenida a esta caótica ciudad que sólo nos servía de paso para salir rumbo al desconocido sur, donde nos aguardaban villas aisladas, de las que la carretera se olvidó, un mar con muchos secretos ocultos y la experiencia de nuestras vidas.

La pequeña barca se adentro entre dos barreras de coral, con furiosas olas que rugían sobre ellas. Con la perfecta maniobra de nuestro capitán local, pudimos llegar a una playa de arena dorada, en la que nos aguardaban una veintena de niños de todas las edades ansiosos por tocarnos, hablarnos, sonreírnos y mostrarnos sus casas y sus vidas. Vahaza, Vahaza...Nos gritaban todos mientras algunos saltaban a nuestro alrededor y otros pocos corrían asustados o llorando a buscar protección ante esos dos bichos raros que acababan de llegar a su "mundo". En menos de un día ya se sabían nuestros nombres todos los habitantes de ese pequeña aldea costera, hasta juraría que muchos de esos niños no habían visto nunca unos ojos y un color de piel como el de Beni

y es por eso que la seguían a todos lados, turnándose para ver a quien le tocaba cogerla de la mano para ir al agua a bañarse o haciendo cola delante de ella, para que les diera una gotita de esa “extraña” crema blanca que nos poníamos para protegernos del sol. Aún recuerdo como Lea, una de las niñas chiquitas que nunca se separaba de Beni le levantó un poco la parte de arriba del bikini para confirmar que sus pechos también eran de diferente color... Esos niños nos enseñaron su vida, pero no desde el punto de vista de lo poco o lo básico que era la vida allí, sino mostrándonos ese lugar tan especial que era para ellos su casa, su zona de juegos, mostrándonos como la cuidaban y como todo allí giraba entorno al mar que les daba el alimento diario para sobrevivir y al mismo tiempo les traía algún objeto arrastrado por la marea que usaban improvisadamente como pelota de futbol para jugar un rato. Algunos podrán pensar que es una vida muy básica y seguramente no se equivoquen, pero los ojos de esos niños radiaban luz, no existía la maldad entre ellos, eran todos amigos y compañeros y sabían que todos eran clave para que su pequeño mundo siguiera tal y como estaba.



Un poco más allá del coral, un poco más lejos, donde solo algunos pescadores han estado y han visto algo, se esconde un gran secreto, el secreto por el cual decidimos viajar a Madagascar. Con la ayuda de algún pescador local y siendo más rápido que el viento que siempre estaba al acecho por esos lares, fuimos muy temprano para poder tener el encuentro tan esperado con las olas:

desiertas, perfectas y con el agua tan transparente que podías ver los miles de peces de colores que vivían entre los corales

Fue como despertar en uno de esos tantos sueños que me rondaron la mente meses atrás mientras preparábamos nuestra “escapada”. Las olas y yo, amigos desde hace mucho tiempo, nos veíamos de nuevo tras tanto buscar y buscar, pero esta vez el lugar era algún punto perdido entre la costa sur de Madagascar y la Gran Barrera de Coral que rodea esta parte de la Isla, no me lo pensé dos veces, reme lo más fuerte que pude y apreté mis manos contra la tabla, de pronto todo era de un color verdoso, quizás por el reflejo del fuerte sol que atravesaba la fina cortina de agua que cubría en ese preciso momento todo mi cuerpo, o quizás porque yo, preso de la ansiedad, cerré un poco mis ojos pensándome que de ese modo todo saldría bien. Un fuerte aire que soplo detrás de mí como empujándome aún más rápido hacia la salida y de nuevo un grito de alegría.



Detrás de nuestro pequeño mundo, teníamos el frío desierto, con dunas y arbustos que hacían la vida un poco más difícil. El agua era un bien escaso y por ello, sobretodo nosotros, teníamos que ir con mucho cuidado vigilando todo lo que bebíamos. Fue por estas latitudes, donde probamos también la dureza de la vida extrema, que nos mostró como el Tifus y varios días de disentería y vómitos pueden transformar un paraíso en un infierno por unos pocos días, hasta que un humilde doctor de la aldea nos devolvió al “cielo” con un par de antibióticos.

Algo extraño había en ese lugar, que lo hacía tan especial, ese lugar en el que te ibas enamorando con cada paso que dabas, donde cada cosa que veías provocaba un sentimiento en tu ser, o donde los niños simplemente jugaban a ser felices y el tiempo solo tenía dos horas, marea alta o marea baja.

Una vez más tocaba seguir nuestro camino, no sin reconocer la lección de vida que nos dieron esos pocos habitantes del remoto sur y de llevarnos un par de nuevos amigos Malgaches en nuestros corazones.

El camino ya casi se hacía solo, ella y yo nos podíamos sentir solamente con mirarnos después de vivir lo que vivimos, estábamos convencidos de que eso era lo mejor que nos había pasado en el viaje, ahora miraríamos siempre de reojo hacia esa pequeña villa costera aislada del Mundo, en la que nos habíamos sentido como en casa y donde una parte de nosotros se había instalado allí para siempre.

En el Siglo XVII, Piratas de todo el mundo, tras agotarse las riquezas en el Caribe, marcaron la Costa Este de Madagascar como su territorio, por la abundancia de agua dulce, la presencia de madera para reparar sus barcos y por lo hermosas de sus mujeres. Fue allí donde se esconderían rodeados de playas de postal en la que cada grano de arena y cada palmera con su caprichosa forma que pareciera puesta a propósito para conformar una delicada y suave imagen de revista de viaje.



Ahora los “Piratas” son otros. Vienen de la vieja Europa y su botín son las jovencitas Malgaches, que ven en ellos una posible vía de lograr ese sueño de consumismo y derroche que les vendemos desde Occidente siendo un objetivo de vida para ellas. Así es como la Isla de Saint Marie se transformó en

lo que antes era tierra de conquistas y relatos épicos, en calles con pensiones de mala muerte y bares donde no existe la última copa.

Típico de nosotros, pusimos tierra de por medio de aquel lugar que en nada o poco se parecía a nuestra idea de libertad. Movidos por la esencia, la belleza y sobre todo por las ganas de aventuras que teníamos, encontramos cerca de allí un lugar donde la historia aun era sagrada, entre tumbas y barcos piratas hundidos pasábamos los días, rememorando lo grande que tuvo que ser ver esos enormes barcos de maderas en el horizonte izando sus velas para aterrorizar al que osase pasar por allí, al mismo tiempo que nos dejábamos mecer por el sonido de las olas golpeando suavemente contra las hojas de las palmeras, que se daban la mano con el mar como aceptando ser “uno”. Hasta que toco volvernos a la realidad y con música al hombro, giramos rumbo a la caótica y polvorienta Antananarivo Capital para despedirnos de nuestros amigos Malgaches.



Ella me dijo: fuimos cuando teníamos que ir, yo la mire consciente del gran secreto que guardaríamos para siempre en nuestros corazones. Era nuestra primera vez, pero mientras subíamos las escalinatas del avión que nos sacaría de allí rumbo a la India, sabíamos que no iba a ser la última, algo había cambiado para siempre y ahora una nueva sensación nos acompañaría toda la vida.